

De la educación tradicional a enfoques flexibles

¿Se está educando para el mundo que existe... o para el mundo que se quiere construir?

Esta pregunta invita a mirar con profundidad el propósito de la educación. Durante muchos años, se ha entendido educar como un proceso vertical y repetitivo, donde el conocimiento se transmite de forma unidireccional, los contenidos se memorizan y el aula responde a normas rígidas que poco dialogan con la realidad de los estudiantes. Este modelo tradicional ha formado generaciones y ha dejado aportes valiosos, como la organización de los sistemas escolares y la universalización del acceso. Sin embargo, también ha evidenciado límites: la desmotivación de los estudiantes, la rigidez curricular, la poca conexión con el entorno y el desconocimiento de la diversidad de formas de aprender y enseñar.

Hoy, en un contexto global marcado por el cambio constante, la complejidad social, la tecnología, la incertidumbre y la necesidad de convivir en la diferencia, la transformación educativa se vuelve un imperativo. No se trata solo de actualizar contenidos o cambiar herramientas, sino de modificar la mirada sobre el ser humano, sobre el aprendizaje y sobre el rol de la escuela. En palabras sencillas: transformar la educación implica reinventarse con sentido, con humanidad y con compromiso (Panqueva, 2020).

¿Qué significa transformar la educación?

Según Gairín y Muñoz Moreno (2025), transformar no es sustituir por completo. No se niega el valor de lo aprendido, sino que se busca resignificar a la luz de nuevas necesidades. Así, se reconocen los aportes de los modelos tradicionales, como la disciplina, el orden y el valor del conocimiento riguroso, pero se complementan con enfoques más flexibles, democráticos y participativos.

En este marco, la transformación educativa se define como un proceso que cuestiona las prácticas repetidas, revisa los fines de la enseñanza y propone nuevas maneras de acompañar el desarrollo de niños y niñas desde una mirada integral. Es un movimiento que nace desde dentro del aula, pero que se proyecta hacia la comunidad, la cultura y la sociedad. Y para que sea auténtico, necesita estar acompañado de reflexión, intención pedagógica y apertura al cambio.

Los enfoques pedagógicos flexibles reconocen que no hay una única forma válida de enseñar o aprender. Por el contrario, entienden que cada estudiante tiene un ritmo, una historia, una emoción, una necesidad, y que el rol del docente no es moldearlo, sino potenciarlo. Algunas de sus características más relevantes son:

- **Currículos abiertos y contextualizados**, que permiten adaptar los contenidos a los intereses del grupo y al entorno social y cultural.
- **Metodologías activas**, como el aprendizaje basado en proyectos, el juego, la exploración y el trabajo colaborativo, que convierten al estudiante en protagonista.
- **Ambientes de aprendizaje dinámicos y diversos**, donde se aprende también fuera del aula tradicional: en la naturaleza, en casa, en el juego, en la comunidad.

- **Evaluación formativa y continua**, que observa el proceso más que el resultado, valora el esfuerzo, la participación y el desarrollo integral.
- **Relaciones pedagógicas horizontales**, basadas en el respeto, la escucha y el diálogo entre docentes y estudiantes.

Transformar la educación no es una tarea que pueda delegarse a la tecnología ni a la política únicamente. El verdadero cambio se gesta en el vínculo humano que se construye en el aula. En este sentido, el papel del docente se vuelve fundamental: quien enseña también se transforma.

El educador contemporáneo es un agente de cambio, un acompañante sensible y un facilitador del aprendizaje. Ya no se espera que “transmita todo”, sino que genere experiencias, que diseñe ambientes ricos en sentido, que promueva la autonomía y que observe con empatía. Para ello, necesita cultivar una actitud crítica, estar en formación constante y estar dispuesto a revisar sus propias creencias pedagógicas.

En el nivel de educación infantil, este compromiso es aún más relevante. Las primeras experiencias escolares dejan huellas profundas. Una educación infantil transformadora no solo enseña letras o colores: forma seres humanos con autoestima, con voz, con imaginación y con capacidad de convivir con otros.

La transformación educativa no significa desechar el pasado, sino construir puentes entre lo que ha sido y lo que se necesita ser. Se trata de integrar lo valioso del enfoque tradicional, como el respeto por el conocimiento, el sentido del deber o la planificación rigurosa, con nuevas perspectivas centradas en la niñez, en la creatividad y en el bienestar emocional (Sarceda, Fuentes y Barreira, 2023).

Esta transición requiere valentía, pero también realismo. No se cambia todo de un día para otro, pero se puede empezar con pequeñas decisiones: abrir espacios de participación en clase, adaptar una actividad al interés del grupo, cambiar una evaluación por una conversación o permitir que el juego sea parte del aprendizaje diario. Cada pequeño cambio suma. Y transforma.

Reflexionemos

- ¿Qué elementos del modelo tradicional se siguen reproduciendo sin cuestionamiento?
- ¿Qué tan flexible es la práctica educativa frente a las realidades de los estudiantes?
- ¿Cómo se puede ser parte activa de esta transformación desde la formación como educador infantil?

Transformar la educación no es solo un deber profesional. Es también un acto de amor por la infancia, por el futuro y por la posibilidad de construir una escuela que forme personas más conscientes, más felices y más libres.